



Mereth Eruquiéreme
24-26 abril 2009



Smial de Númenor
Sociedad Tolkien Española

Relato Romántico Ganador

¿Podrás perdonarme?, Delia Martin Garwood “Narya-Mithrandir”

Pronto la sombra cubrirá el mundo y la muerte saciará sus apetitos con un macabro festín por nuestras tierras ¿Acaso no lo predije? Mas no perdamos un tiempo escaso, no deseo dedicar mis últimas horas a los asuntos de estado para los que ya no hay solución, pues no quisiera partir sin decirte, de algún modo, todo lo que mi orgullo no permitió que te dijese cuando estabas a mi lado, todo lo que durante estos años he guardado para mí, todo lo que ha carcomido mi ánimo endureciendo mi corazón hasta límites que no creía posibles. Todo lo que me ha acabado conduciendo sin remedio hasta este desastre.

Ya no me queda nada. El destino me ha arrebatado poco a poco aquello que alguna vez he amado; escasas estaciones felices he conocido desde que la madurez halló mi cuerpo y ahora, cuando la senectud me alcanza, incluso desea obligarme a una vida degradada, un honor envilecido, verme doblegado, rebajarme ante un advenedizo. Durante breve período consintió darme tregua y, mientras pasaba los solsticios abrazado a ti, mis labios aprendieron a sonreír, empero ¡ay de mí! No supe ver cómo la sombra penetraba en tu corazón, cuánto necesitabas retornar a la tierra que te vio nacer, cómo tu cuerpo languidecía sin remedio.

¿Podrás perdonarme?

Aún recuerdo lo dichoso que me sentía al hacerte mía, al entrelazar mis manos con las tuyas fundiéndonos en un beso dulce, cálido, mientras enmarañado en tus cabellos, envuelto en tu perfume, hallaba el sendero donde nuestras almas se encontraban, donde me sentía en casa. Luego llegaba la calma, y cuando tu respiración se volvía más lenta, cuando poco a poco te entregabas a la paz del sueño, yo me deleitaba viendo como tus delicados y sinuosos contornos, tu blanca piel, resplandecían a la tenue luz de la luna que penetraba por la ventana.

Cuántas noches desperdiicé en la Torre Blanca sustituyendo el abrigo de tus brazos con una gélida piedra en la que sólo he encontrado dolor, desasosiego y muerte. A tu lado las sombras siempre parecieron más cortas, los inviernos más cálidos, la esperanza posible.

Recuerdo nuestros paseos al atardecer, cuando los últimos rayos de sol nos acariciaban el rostro y tú escuchabas pacientemente, como siempre, mis quejas sobre el reino, sobre la eterna guerra, sobre los aciagos días que yo sabía estaban por venir. Ponías tu mano sobre la mía y al sentir su calidez, su suave presión, lograba olvidar todos los sinsabores de un largo día de regencia. Sin embargo, ahora el viento que sopla a través de mis dedos se ha vuelto frío, aunque no debería sorprenderme; hace ya tanto tiempo que el verano abandonó estas tierras...

Debí hacer caso de tus sabios consejos, debí compartir cada instante de mi tiempo contigo, debí protegerte, salvarte de la sombra, debí hacer tantas cosas y al final no hice ninguna.

¿Podrás perdonarme?

El día que me abandonaste, yo, que he conocido el horror de las batallas, el dolor del acero cercenando la piel, sentí algo que jamás había padecido. Una angustia indescriptible de la que me era imposible escapar, a la que no podía hacer frente con mi espada, para la que mi armadura no ofrecía resistencia, a la que no podía aplacar con palabras, que se clavaba en mi pecho asfixiándome sin remedio. Aquel día, cuando finalmente me quedé solo, de mis ojos empezaron a manar lágrimas de fuego que me quemaban la cara, grabándome sin piedad sobre el rostro estas arrugas que desde entonces me han acompañado.

Me negaba a ver que la culpa no era tuya, que hubieses preferido quedarte y cuidar de nuestros hijos, e intenté, con todas mis fuerzas, borrar de mi memoria todas las veces que desoí que la sombra había perturbado tu salud, mis constantes negativas a llevarte al mar que tanto amabas y cuya brisa, tal vez, hubiese logrado revitalizar tu frágil cuerpo. Pero por la noche, cuando mi brazo reposaba en el lecho medio vacío, recordaba mi egoísmo. Me había jugado con la muerte tu salud, y había perdido.

El remordimiento corroía mi alma sustituyendo mi dolor por odio. Sí, te odié, faltaría a la verdad si dijese lo contrario. Te odié por no poder estrecharte otra vez contra mi pecho; te odié por no poder escuchar nunca más la melodía de tu risa, por negarme la comprensión de tu mirada, por dejarme sin quien me completaba.

¿Podrás perdonarme?

Yo sólo instruí a nuestros hijos que, como su padre, durante el resto de sus vidas, echaron de menos con la misma inexorable cadencia con la que caen las hojas de los árboles, tu compañía.

Poca dulzura y cariño sobrevivió en mí para Boromir y Faramir, pero aún así, bellos y fuertes crecieron los retoños de nuestro amor. El primogénito, osado, líder nato entre los hombres, valiente, mi predilecto; el segundogénito, justo, sabio, paciente, en sus ojos siempre pude ver los tuyos, en sus gestos siempre encontré los tuyos.

Faramir, que apenas contaba con cinco años cuando ocupaste tu última morada, heredó tu apariencia y tu carácter. No podía mirar su rostro sin recordar que te había perdido, no podía oír su voz sin sentir de nuevo tu marcha. Verle a él era verte a ti, y eso era más de lo que podía soportar. Pagué con nuestro hijo mi rabia. En vez de amarlo, como te prometí hacer con ambos, lo traté con rudeza, desdén, incluso indiferencia, y sólo encontró en mí un frío señor al que respetar y obedecer.

No obstante, ambos han sido víctimas de mi batalla con el destino. Mi Boromir, mi adorado hijo, murió por los dogmas de un viejo loco, heraldo de una estirpe yerma. Y mi dulce Faramir arde, ¡arde! con la fiebre de la muerte por culpa de mis órdenes. No me queda tiempo, el holocausto se acerca. Pero estoy decidido, esta vez ganaré a la muerte.

Vida mía, sé que por lo que haré ahora, jamás podrás perdonarme.

Relato Sensual Ganador

El Señor del Hierro, Rocío Cañero Puerto "Arwen Undómiel"

En ese momento supo por qué había escogido ser un hombre.

Pudo adivinar la esencia misma de su ser debajo de aquel horrible disfraz y quiso verla tal y como era. Por su voluntad la despojó del hechizo que la envolvía y quedó ante él, deslumbrante, con su liviano vestido. Durante unos momentos, Melkor posó sus ojos escrutadoramente en la maravillosa visión que se le ofrecía, mientras una sensación extraña se apoderaba de él. Involuntariamente intentó atraparla con su mano, pero ella, con un movimiento grácil y evasivo, esquivó el abrazo y se encaró a él: "¡Así no, oh Rey, así no!".

Le preguntó quién era y ella valiente le respondió que era Lúthien, hija de Thingol el proscrito, y solicitaba asilo en sus estancias para complacerlo y calmar su ansiedad con su arte. Al oír estas palabras, un gruñido de placer se ahogó en la garganta del Vala, pues no podía dejar de apreciar que aquella era la criatura más hermosa que pudiera pisar la faz de la tierra. Su exuberante cabello oscuro acentuaba la palidez de su delicada piel que casi parecía que se iba a romper y sus ojos prometían unas delicias jamás experimentadas.

Se quedó súbitamente sin aliento y, aún teniendo la boca seca, pudo concederle el permiso para que adoptase su papel de trovador y lo deleitase con su baile y su canción.

Nada lo habría preparado para lo que sintió a continuación. La melodía era la más hermosa concebida alguna vez, pero no era nada comparada con la magia que desprendía su cuerpo al mecerse al compás. El alado vestido se le ceñía al cuerpo con cada giro que la doncella daba, revelando una esbelta cintura que hacía deslizar la mirada por el arco de su espalda hacia su trasero dulcemente redondeado. Y cada vez que empezaba una nueva estrofa, su pecho se inflamaba al coger aliento, dejando entrever de una forma muy poco decorosa el sedoso valle de sus senos comprimidos por el corpiño.

Aquello era superior a su autocontrol y, sin darse cuenta, empezó a forjar pensamientos de malvada lujuria.

Debido al esfuerzo que hacía Tinúviel para complacerlo, pronto su escote empezó a estar cubierto por una fina capa de sudor perlado que no hacía más que añadirle encanto, pues avivaba el fuego interno de sus instintos más básicos. La luz de las llamas que iluminaban la ominosa sala arrancaba destellos imposibles en sus ojos, que poseían tal intensidad que, durante unos minutos, no pudo apartar su mirada de ellos.

Entonces una gota de sudor captó su atención. Brillaba como una gema y se deslizaba con exasperante lentitud por el borde de su exquisita mandíbula. Al superar su obstáculo, cayó en una vertiginosa carrera por el niveo cuello, desapareciendo con un destello por el escote de la túnica.

El Príncipe Malvado había contenido la respiración y empezó a jadear por el esfuerzo, sintiendo de pronto el pétreo deseo que inflamaba parte de su cuerpo. Aquello lo sorprendió, por lo violento de la sensación y la impaciencia que se apoderaba de él. Clavó las uñas en los brazos de su trono en un intento inútil de acallar el anhelo que lo recorría como un látigo.

La deseaba. La deseaba en ese mismo instante. La deseaba de cualquier manera y a cualquier

precio. Pero sabía que tenía que controlar esa enloquecedora sensación que lo aguijoneaba.

Ella se dio cuenta del cambio de expresión del Enemigo. Se sentía traspasar por su mirada y su voluntad hasta hacerla flaquear en su propósito. Sólo bastó una mirada debajo del trono, dónde se escondía su amado, para renovar sus energías y desplegar su hechizo definitivo en la melodía que entonaba.

Cada vez que se balanceaba, se acercaba más a su alcance, y ya podía oler el seductor perfume que emanaba de sus cabellos y su aterciopelada piel. Podía ver su propia mano recorriéndola, sorteando esos torneados hombros y sosteniendo el peso de sus senos perfectos. Gimió sólo de imaginar cómo podría responder ella a sus caricias.

Quería enterrar los dedos en su sedoso pelo, aspirar el embriagador olor que la envolvía e invadir su boca para saborear la dulce humedad de su interior. Someterla con su poderoso cuerpo, sentirla deshacerse entre sus manos y, ya rendida a él, hacer lo que quisiera con su cuerpo.

Mientras ella cantaba, empezó a entrecerrar los ojos y a perderse en sus obscenos pensamientos. Se le hacía la boca agua sólo de pensar en el salado sabor de su piel de marfil y se preguntaba de qué color sería el rubor. ¿Rosado o más encarnado? El mero hecho de imaginárselo le hacía ronronear de expectación.

Se sobresaltó al sentir la voz del objeto de su deseo a sus espaldas, seguido por un ligero roce de su traje como de alas de mariposa en su rostro. Se despabiló un segundo, atenazado por el súbito impulso de arrancarle las vestimentas y dejarla desnuda ante sus ojos, pero no la encontró.

Movió la cabeza desesperado, buscándola sin resultado. El salón estaba en penumbra, pues hasta el fuego se había adormilado y ya no tenía fuerza suficiente para iluminar los oscuros rincones. Su melodiosa voz caía como hilos de plata entretejiendo un hechizo que lo aprisionaba, mientras enardecía los sueños y deseos más ocultos de su malvado corazón.

El deseo se hizo insoportable y pesado, tanto que hasta la corona de hierro, dónde los silmarils refulgían como única fuente de luz en la estancia, se inclinaba hacia el suelo. Intentó enderezarse, pero el encanto de la doncella era demasiado fuerte para el poderoso Señor Oscuro y cayó postrado, sumido en un sopor producido por el éxtasis encantado de la melodía.

La corona rodó lejos de su cabeza, alejando de él las joyas tan preciadas. Toda la habitación estaba en silencio y Melkor no vio cómo le arrebatában parte de su tesoro. Sólo pudo gruñir en su letargo, mientras perversos pensamientos le turbaban, dejando únicamente entrever una ávida expresión de ansia en su semblante.

Zîr khibil, Elia Cañada "Tar-Míriel"*

Estoy prometida.

Sus palabras fueron tajantes. Sus ojos, no.

Sólo he preguntado vuestro nombre.

No importa – respondió, fría y serena – Sé por qué lo preguntáis. No soy una ignorante.

Y dicho esto, hizo una rápida reverencia y se marchó. El vestido se meció con el rápido movimiento de sus caderas. Sus cabellos ondearon con la brisa veraniega dejando una estela de dulce perfume, un aroma a jazmín y cerezas que impregnó todo mi ser.

Era la primera mujer que me rechazaba desde que llegué a esta extraña y hermosa tierra. Pero yo no acepto la derrota.

La seguí entre los jardines en penumbra. La luna brillaba en las copas de los árboles y en los estanques, en la hierba y en las fuentes doradas. La música se fue perdiendo con cada giro del camino, con cada árbol que dejaba atrás con pasos sigilosos. Mi pulso se aceleró con la emoción de la cacería, la respiración se hizo pesada al intentar no hacer ningún ruido.

Por fin, me apoyé en el tronco plateado de un *Lairelossë* y escuché: no se oían pasos, ni tampoco el roce de la tela contra la hierba. Mi presa se había detenido, por fin.

Me asomé y la vi, sentada en un banco de piedra, mirando a lo lejos, hacia las áureas torres del *Arminalêth*. Me acerqué muy despacio, saboreando con los ojos lo que se le había negado a mis manos. Ella me oyó, estoy seguro, pero no se movió. En el fondo, quería que la siguiera, aunque su arraigada educación la obligara a fingir lo contrario.

Cuando llegué al borde del banco, su delicado olor volvió a invadirme.

¿Puedo compartir vuestra visión?

Sois libre de mirar cuanto queráis – contestó con forzada educación y sin volverse – el palacio no se moverá.

Las amargas palabras fueron placenteras y me arrancaron una sonrisa. Me encanta cuando estos asuntos se tornan difíciles. Me senté a su lado y la tensión se hizo casi palpable. El bosque estaba en silencio y sólo se oía el sonido de nuestra respiración, compartiendo el mismo aire. No movimos un músculo, pero podía sentir como se erguía a mi lado. Imaginé sus mejillas sonrosadas, sus labios húmedos.

No había pasado ni un minuto cuando se volvió a mirarme, con un movimiento violento y torpe, cargado de inexperiencia y miedo. Pobre muchacha. En cuestiones de intimidad entre un hombre y una mujer, los nobles proporcionan a sus hijas una pésima educación. Ahí estaban para demostrarlo su pálida tez, ahora encendida, y el brillo del sudor, fruto de la cercanía y la inquietud.

Me tomé las cosas con calma: la impaciencia siempre le quita sabor al contacto. Prolongar el tiempo hasta que el momento llegue, retener la pasión que trata de desbordarse, aumenta la satisfacción posterior.

Alargué cuidadosamente la mano y rocé uno de sus bucles. Era suave como el terciopelo.

Ella permaneció inmóvil, pero su pecho se movía deprisa arriba y abajo, aprisionado en el corsé de generoso escote y finas perlas, mostrando una perfecta figura enjovada, una estrella en la oscuridad del bosque. Sus labios se abrieron ligeramente en un gesto de sorpresa. El vino de la cena los había vuelto de color escarlata, y resultaban deliciosos y tentadores. Pero aún me contuve un poco más.

¿Os molesta, mi Señora? – pregunté por cortesía.

No – susurró entrecortadamente, y bajó la mirada.

Deslicé los finos cabellos entre mis dedos, y el tacto aguzó mis sentidos. Me deleité en cada rizo, pero pronto esas caricias me supieron a poco y quise más. Abandoné la calidez de su castaña melena y con el índice llegué a su cuello, suave, terso, acogedor. Poco a poco, los otros cuatro compañeros siguen al precoz aventurero y mi mano comienza a pasear libremente por su espalda. Ella se estremece, y suspira, y ese suspiro es más excitante que ningún gemido que haya escuchado jamás.

Parece que los árboles se cerraran en torno nuestro, y el aire de la noche nos acaricia, pero aún así hace calor. Ya me he llenado los ojos de hermosura, me he deleitado en su dulce aroma, incluso he disfrutado de la exquisitez de su piel. Ahora ansío saborearla, probarla. Me acerco un poco más y su aliento es como un beso invisible.

Cuando cierra los ojos, un escalofrío recorre mi cuerpo, desde la punta de los dedos hasta los pies, y el deseo bulle en mi interior, incontenible. Comprendo que es mía.

Porque yo soy el Señor de los Dones. Y no acepto la derrota.

** En Adunaico: El amante de la fuente.*

Sólo soy un ángel, Ana Peris de Elena "Estelwen Ancálimë"

Cuando se acercó al Anillo del Juicio de los Valar, Melian estaba temblando. Era espantosamente consciente de que los ojos de todos los demás estaban puestos en ella. Decenas y decenas de Ainur, que no tenían ni idea de por qué estaba allí, la observaban con expresión de desconcierto y curiosidad y cuchicheaban al oído de sus compañeros al verla pasar.

“No importa”, pensó Melian con resignación. “Pronto todos ellos conocerán el motivo de mi visita”. El regreso de Melian a Valinor se había convertido en la comidilla de gran parte de sus habitantes. La joven Maia había partido muy ilusionada a la Tierra Medía hacía algunos años. Ansiaba ver con sus propios ojos aquellas tierras inhóspitas llenas de peligros y aventuras, cantar bajo la luz de sus estrellas y bailar bajo las copas de sus árboles. Ansiaba poder curar con su poder las heridas que Melkor había infligido a aquellas hermosas tierras, aunque sólo fuera un poco. Cuando Yavanna finalmente le había dado su beneplácito para viajar hasta allí, Melian había estado eufórica durante días. Por eso, nadie entendía por qué había vuelto tan pronto. Y con esa expresión de angustia e inquietud, además. ¿Acaso habría tenido algún encuentro desafortunado con los esbirros de Morgoth?

Finalmente, Melian llegó al borde del Anillo, y allí permaneció de pie, erguida como el delgado tallo de un junco. Manwë Súlimo, Señor de Arda, estaba sentado frente a ella y la observaba con seriedad. Iba vestido con un vaporoso traje de terciopelo azul entretejido con hilo de plata que investía aún más de autoridad su porte ya de por sí majestuoso. Námo Mandos, que portaba tan sólo una sencilla túnica negra, se aposentaba a su diestra.

Por unos segundos, en la estancia reinó el silencio más absoluto. Luego, la voz de Manwë resonó por la sala.

–Acércate, Melian–.

La joven Maia se acercó lentamente hasta situarse en el centro del anillo. Su blanco cuerpo temblaba ligeramente bajo las livianas vestiduras blancas y el crepúsculo de su larga melena.

–Se me ha informado que has regresado a Valinor con la intención de solicitar un favor–dijo.

–Sí, excelencia– contestó Melian.

–Muy bien. Oigamos, pues, tú súplica–.

Por un momento, Melian creyó que no sería capaz de hablar, pero entonces una imagen apareció en su memoria. Era un elfo alto, de cabellos plateados y encantadora sonrisa. Sus ojos azules y sus suaves manos se posaban en su piel como la caricia de una pluma de cisne mientras a su alrededor nacían los brotes, crecían las hojas, maduraban los frutos y caían las nieves, una y otra vez, año tras año, mientras ellos dos seguían unidos en un trance de felicidad absoluta.

“Elwë”, pensó. Y aquello le dio fuerzas para hablar.

–Mi señor, hace años caminaba por la floresta de Nan Elmoth, restañando las heridas de los árboles y acompañando a los ruiseñores en sus cantos, cuando me encontré con uno de los Hijos Mayores, un elfo de raza Teleri llamado Elwë. Cuando nos encontramos él y yo... –Melian vaciló un poco, pero continuó– él y yo nos acercamos, nos miramos, y... oh, no sé cómo explicar lo que sucedió. Fue... fue mágico. Nuestras manos se entrelazaron, y una felicidad desbordante hizo que nuestros corazones ardieran y lágrimas de dicha asomaran a nuestros ojos. Permanecimos así durante mucho tiempo, no puedo precisar cuánto, mientras a nuestro alrededor las estaciones corrían y los años volaban. Cuando salimos de aquel prolongado trance, supimos que estábamos enamorados–.

Una nube de murmullos se extendió entre los Ainur asistentes. Los que no parecían atónitos estaban escandalizados. ¿Un ángel enamorado de un ser carnal? ¿Una Maia cayendo en los brazos de un Quendi? ¡Aquello no podía ser posible! ¡Ilúvatar no permitiría un desatino semejante! Sin duda, algún engaño de Melkor había tenido que confundir el corazón de la pobre Melian.

Al cabo de unos segundos, el Señor de Arda alzó la mano para indicar a los presentes que volvieran a guardar silencio.

–Tu historia es muy interesante, Melian, pero aún no nos has dicho cuál es el favor que quieres

solicitar-

La Maia no vaciló; el recuerdo de su primer encuentro con Elwë le había dado esperanza y valor renovados y no tuvo miedo de proseguir,

–Quiero ser una de los Eldar- respondió- deseo tener un cuerpo auténtico y volver a la Tierra Media para desposarme con mi amado-

Los murmullos y bisbiseos resonaron con mucha más fuerza que antes.

-¡Silencio!- dijo de pronto Mandos, provocando que todos los Ainur se callaran de inmediato- No seáis pronto en juzgar con severidad a vuestra hermana Melian, que ha venido ante nosotros de buena fe y con humildad. Sus palabras son ciertas y sus sentimientos puros. Ninguno de nosotros conoce todos los detalles de la Música que Eru compuso antes de la creación de Arda, y tal vez lo que le ha sucedido a Melian no sea sino parte de dicha Canción. Escuchemos el juicio de Manwë, pues en su corazón se revela la verdad de Ilúvatar-

Manwë cerró los ojos y cayó en algo parecido a un trance. Los Ainur sabían que estaba abriendo su mente y su corazón a la voluntad de Eru para que esta le fuera revelada. Melian se retorció las manos impaciente, sintiendo que aquella espera se le estaba haciendo eterna. Le había dicho a Elwë que no sabía si volvería, porque ignoraba si Manwë querría concederle el don que estaba pidiendo, o si tal cosa sería posible. Ella acataría en todo la voluntad de Ilúvatar, pero si le era denegado el permiso para volver con su amado sabía que la amargura se adueñaría de su corazón hasta el final de los tiempos, y nunca más volverían a oírse sus cantos por los jardines de Lórien.

Al cabo de un rato, Manwë volvió en sí. Abrió los ojos y se dirigió de nuevo a Melian.

–He recibido la respuesta de Eru a tu petición, Melian- le dijo- No puedes dejar de ser una Maia, pues los espíritus de los Ainur son más perfectos y elevados que los de los Quendi. No se transformará de modo alguno tu naturaleza-

Melian sintió como si el peso de todas las edades de Eä hubiesen caído sobre ella. Había temido desde el principio aquella respuesta, aunque confiaba en que Ilúvatar, en su infinita bondad y sabiduría, le concedería la posibilidad de vivir su amor. Pero ahora todo había terminado. No podría dejar de ser una Maia, y no podría unirse a Elwë. El dolor y la desesperación en su corazón eran de tal magnitud que estuvo a punto de caer de rodillas.

–Sin embargo- continuó diciendo Manwë- Eru, que todo lo conoce, ha contemplado el puro y verdadero amor que hay entre tú y el elfo al que has conocido. Vuestro encuentro no fue una casualidad, pues estaba escrito en la Música, y el amor que ha nacido entre vosotros forma parte de los destinos de Arda. No dejarás de ser una Maia en poder y espíritu, pero se te permitirá encarnarte en el cuerpo físico de una Eldar y regresar a la Tierra Media para reencontrarte con tu prometido-

En ese instante, Melian sintió que algo sucedía: un milagro se estaba obrando en ella. Súbitamente, su hermoso cuerpo dejó de ser una mera ilusión para convertirse en algo físico, tangible, auténtico. Sintió los huesos, los músculos, las venas, los cabellos y la piel encarnando su alma, del mismo modo que una mujer desnuda sentiría de repente el peso de los ropajes al caer sobre sus miembros. Entonces, se dio cuenta.

“Lo he conseguido. Ilúvatar me ha concedido un cuerpo físico. ¡Podré regresar junto a Elwë y casarme con él!”

La oleada de felicidad que la invadió fue tan intensa que por un momento no la dejó respirar. Su nuevo corazón rompió a latir alocadamente como el galopar de un ciervo por el bosque. Y de sus ojos, aquellos hermosos ojos grises rodeados de espesas pestañas negras, manaron dos lágrimas enormes y transparentes como perlas. Cayó de rodillas frente a Manwë.

-¡Gracias, mi señor!- sollozó- ¡Muchas gracias!-

Manwë y Mandos sonrieron.

–Levántate, Melian- le dijo Mandos con voz gentil- pues tu prometido te espera con impaciencia y su corazón temeroso sufre al pensar que tal vez no vuelvas. Sé feliz con tu esposo y gobierna vuestro reino con sabiduría. Aconséjale, porque cuando la ira y el orgullo le alienten tú sabiduría y tu templanza serán las únicas que puedan refrenarlo. Y este destino pronostico: que de vuestra unión

surgirá una criatura bendita que a lo largo de muchas Edades simbolizará el amor y la esperanza para los Primeros y los Segundos Hijos, pues por vuestro amor y vuestra esperanza será engendrada-.

Melian levantó la vista y sonrió. Los rostros de Manwë y de Mandos mostraban una expresión amable, y los Ainur que se amontonaban alrededor del Anillo sonreían. La Maia se levantó, se despidió de los presentes y salió de la estancia, recogiendo las faldas para caminar más deprisa.

La estaban esperando.

Muy lejos de Valinor, en la floresta de Nan Elmoth, un joven elfo cantaba. Tañía un arpa y su voz se deslizaba como el viento entre las ramas de los árboles, mientras dos lágrimas caían silenciosamente por sus mejillas. De plata eran sus cabellos y de plata sus vestiduras. Su canción hablaba del dolor de la separación y de la congoja de la espera.

Entonces, algo cambió en el ambiente. Pudo sentirlo con claridad. El cielo se volvió más claro, el aire más puro y el viento más cálido. Las flores blancas se abrieron, la hierba reverdeció y una luz pura, hermosa y resplandeciente como las estrellas de Varda destelló a sus espaldas. La reconoció en seguida, pues ya la había visto antes en los ojos de una criatura bendita.

Era la luz de Valinor.

El elfo se giró, con el corazón lleno de alegría y asombro. Y allí estaba ella, más hermosa que nunca, con los cabellos negros flotando al viento y los ojos grises resplandeciendo de amor, vestida de blanco y oro. Se acercó a él tendiéndole los brazos.

-¡Elwë!-

El elfo la acogió en su seno abrazándola con fuerza, casi sin poder creer que de verdad estuviera allí.

-Melian...

Aproximaron los rostros y se besaron con la pasión propia de los amantes que se reencuentran tras una separación larga e incierta. Cuando se separaron, ambos tenían los ojos humedecidos.

-Te dije que volvería- musitó ella.

Elwë le acarició el rostro con ternura.

-Sólo soy un elfo, no soy digno de ti- murmuró- Pero por mi honor te juro que te amaré durante el resto de mis días-

Melian sonrió.

-Sólo soy un ángel- le respondió a su amado- Pero por Ilúvatar te juro que dedicaré el resto de mi existencia a hacerte feliz-

Algunos no marcharon, Elena Bermejo Solera "Barazûsar"

Lo encontró en medio del bosque, cuando los últimos vestigios de Anor apenas se veían en el horizonte.

La primera impresión que tuvo es que estaba dormido. Su rostro fino se veía sereno en la semioscuridad del crepúsculo, con los labios rojos ligeramente entreabiertos y una mano descansando en su pecho. Era una imagen cautivadora. Parecía totalmente fundido con su alrededor, recostado en las hojas secas como si no hubiera nacido para otra cosa más que para estar ahí tumbado entre los árboles una atardecer de otoño.

Después, Edhel vio la sangre que manchaba su túnica.

- Vaya, vaya –murmuró en voz baja-. Ha caído un herido del cielo.

El herido, como era de esperar, no respondió.

Suspirando, Edhel se agachó y recogió al elfo inconsciente. Después, se alejó de allí a zancadas, con su carga todavía en brazos.

Tardó en despertar todavía tres días más, que Edhel pasó junto a él sin moverse. A la tercera noche, un grito sobresaltado sacó bruscamente a Edhel del sueño intranquilo en el que había caído; y lo primero que vio fue al elfo desconocido con los ojos muy abiertos intentando a duras penas levantarse de la cama.

- ¡*Baw!* –exclamó en sindarin- ¡No hagas eso! La herida todavía no ha cicatrizado.

El elfo se detuvo, pero la expresión vagamente atemorizada no desapareció de su cara. Edhel pensó por un instante que tal vez no entendiera lo que le había dicho y sólo hablara Alto Élfico, pero el pensamiento se esfumó cuando le respondió en la misma habla con voz ronca:

- ¿Dónde estoy y quién eres tú?

Edhel chasqueó la lengua, fastidiado. No eran los modales más correctos, pero podía perdonársele debido a las circunstancias.

- Te encuentras en tierras de Lothlórien, el Bosque de Oro –dijo suavemente-. Yo te encontré desmayado en los límites de la frontera. Me llamo Edhel.

La mirada insegura no había desaparecido de los ojos del elfo. Edhel suspiró, paciente.

- Tenías dos flechas clavadas en tu cuerpo. –continuó.

- Me sorprendieron los orcos –murmuró el desconocido, pasándose una mano por la cara-. En la Puerta del Este. Salieron de todas partes, cuando intentaba llegar a... -de pronto, se detuvo- ¿Qué día es hoy?

Esa era la pregunta que realmente temía Edhel.

- 30 de Septiembre. –respondió.

Casi pudo sentir el impacto en el otro elfo, pero se negó a reconocerlo. Se quedó en silencio junto a él, mientras el desconocido parecía asimilar la noticia a duras penas para después enterrar el rostro entre sus manos sin palabras.

Ambos sabían que el último barco hacia las Tierras Imperecederas había partido el día anterior.

El elfo se mantuvo en un silencio retraído los siguientes días, incluso cuando Edhel dictaminó que probablemente ya estaba fuera de peligro y podía caminar. Las respuestas que dio a las preguntas de Edhel eran breves y apenas contenían información. Venía del Este e intentaba llegar a los Puertos Grises. Sus conocidos habían partido hacía mucho tiempo en los barcos. Los orcos le habían tendido una trampa en el camino.

A veces, cuando el otro no lo advertía, Edhel observaba los rasgos del desconocido y jugaba a memorizarlos. Su rostro era hermoso y noble, como solían ser los rostros élficos, con unos labios finos y unos ojos grises como la plata.

Edhel tenía la impresión de que esos ojos grises le escrutaban con el mismo interés que él dedicaba al elfo desconocido.

- ¿Por qué no te fuiste?

Era de noche. Edhel estaba asomado en uno de los amplios ventanales del talan cuando oyó la pregunta. Apartó la vista de la luna y miró hacia el interior, donde el elfo desconocido le miraba fijamente. Era la primera pregunta que hacía voluntariamente desde el día que se había levantado.

- No queda nadie en el Bosque Dorado –insistió, al ver que Edhel no respondía-. Es imposible que no hubiera alguien a quien apreciaras en ese barco. ¿Por qué no partiste con los demás?

- Plantéatelo de otra manera –sugirió Edhel, y no pudo evitar que una nota ligeramente burlona se colase en su frase-. ¿Preferirías que me hubiese marchado y que cuando te atacaron los orcos no hubiera estado para encontrarte y traerte aquí?

- ¡No! Quiero decir... –el elfo parecía confuso- Bueno, es obvio que prefiero que me hayas salvado, pero...

- Pues ahí lo tienes –Edhel sonrió-. En el fondo, ha sido mejor y todo.

El desconocido todavía parecía dubitativo.

- El barco ha partido –añadió Edhel suavemente-. No hay nada que puedas hacer ahora para alcanzarlo, y tú sólo no podrás llegar hasta Valinor. Puedes quedarte conmigo o puedes marcharte, lo que te plazca, pero debes olvidar el barco. Eso ya no tiene arreglo. ¿Comprendes?

- No soy imbécil. –murmuró el elfo.

- Bien. No me gustan los imbéciles.

El elfo pareció ligeramente desconcertado, pero no dijo nada. Le dio la espalda y se puso a contemplar la noche, como él también había estado haciendo hacía unos segundos.

Si Edhel no le hubiera visto tan desprevenido tal vez no hubiera hecho lo que hizo. Pero Edhel sintió de pronto un deseo irresistible de sorprenderlo y se acercó por detrás, rodeando su cintura con los brazos en un movimiento súbito. Sintió el sobresalto del elfo y sonrió, divertido.

- Te burlas de mí –murmuró el otro.

- No –respondió Edhel inmediatamente en su oído -. Eres libre de marcharte o quedarte, pero no te negaré que preferiría que te quedaras –posó sus labios sobre la piel fría y sonrió más ampliamente al oír la breve exclamación que salió del elfo-. Eres hermoso. Eres ingenuo –otro breve roce de labios-. Eres libre de rechazarme cuando quieras, si mi avance no es de tu agrado.

Era agradable abrazar un cuerpo cálido en la oscuridad.

- Quiero quedarme. –oyó apenas el susurro.

- Bien. Es una buena opción.

El elfo no respondió.

- *Nalyë nat vanya* –murmuró Edhel-. Eres hermoso.

La luna brillaba más que nunca.

Amistad, Araceli Jaqueti Fuster, "Indil"

En la chimenea sólo quedaban unas pocas brasas levemente rojizas, pero ninguno de los dos había notado la ausencia del calor. La comida en el banquete había sido más que abundante, así como el vino que la acompañaba. Habían reído, cantado y bailado hasta muy avanzada la noche y, pese a que el sonido de la música y las risas llenaba el aire y no parecía que la fiesta estuviese cercana a su fin, habían decidido escaparse furtivamente y echar el cerrojo de la pequeña estancia.

Se tumbó en la cama boca arriba, dejando que su rubia melena se esparciera sobre las sábanas como el oro fundido se derramaba en la orfebrería. Él se colocó encima y, mientras apartaba con cuidado la tela que cubría su cuerpo, se entretuvo mordisqueándole el cuello. El roce de su barba sobre el cuello le hacía cosquillas. Soltó una risita nerviosa.

Su piel pálida y rosada parecía resplandecer en la penumbra de la habitación. Su cuerpo contrastaba con el de él, recio y velludo, acostumbrado desde hacía mucho tiempo a un trabajo manual continuo. Los labios descendieron lentamente por el resplandeciente torso, se detuvieron un buen rato en el pezón izquierdo para pasar, a continuación, a hacer lo mismo con el derecho. Le correspondió alargando el brazo hacia su espalda, dejando que sus blancas manos le recorriesen la piel en una caricia sin fin. Comenzó cerca del cuello, y fue descendiendo a lo largo de la columna vertebral. En el camino, sus dedos tropezaron con varias cicatrices que fue describiendo suavemente como si de un mapa se tratase. Algunas conocía demasiado bien cómo se las había producido, y en cuanto al resto, podía imaginarlo sin mucho esfuerzo. "El mapa de una gran batalla", pensó.

Al llegar los labios a su abdomen, sintió un pequeño escalofrío, aunque sabía demasiado bien que no se debía a la temperatura de la estancia. Sus respiraciones se habían acelerado, se podían sentir ambas, acompasadas en un mismo ritmo, como un baile de los que en esos momentos estaría disfrutando el resto de los invitados. Pero ellos no eran los únicos que sabían bailar. Con la agilidad propia de su raza, realizó un rápido giro y cambió la situación de los dos cuerpos, haciendo que el suyo quedase por encima. Él demostró que podía aprovechar la nueva situación y le dio un largo, húmedo y apasionado beso sobre sus labios.

El elfo le miró a la cara con unos ojos brillantes y traviosos.

- Siempre supe que en realidad eras una enana –le confió.
- No, no lo soy –le rebatió Gimli.

Legolas sonrió y, al tiempo que su mano diestra le desataba con destreza los cordones de sus calzones, le respondió:

- Nadie es perfecto.

Amor, Emilio Angulo Germán "Aragorn"

¡Amor! Cada mandoble me acerca a ti. Cada tajo que doy es un beso que se acerca. Tu padre Elrond me alejó de ti, y puso entre nosotros un mundo de guerra y de dolor lejos el uno del otro. Largos años de mi vida mas un suspiro para ti. Derrotaré a Sauron por tu mano y uniré las coronas de Arnor y de Gondor por tu piel. Por ti volveré a blandir enhiesta y dura a Andúril mi espada. Por una caricia de tus pies derribaré Cirith Ungol, por una noche de pasión iría a Valinor para traerte la corona de Manwë. Son tus miradas de anhelo las fuerzas que me hacen perseguir las bestias por los bosques y el olor dulce de tus senos el que me hace introducirme en la cueva más oculta para salir de ella cada vez más cerca de ti, amor, de la dulce noche soñada en que, juntos ya, podamos dar rienda suelta a nuestra pasión por tantos lustros demorada. ¡Te amo! Y entre tu piel y mis manos se interpone un ejército malvado que desangraré por tu amor. ¡Te deseo! Y cada combate ganado es uno menos para habitar tu lecho. Y el día llegará al fin en que cumpla la gesta que tu padre duramente me impuso, y los cielos serán testigos de la pasión que arderá en nuestros cuerpos de miles de noches concentrada en un éxtasis por tanto tiempo demorado. Y no lucirá más el sol que nuestros besos, y no arderá más el fuego del volcán, y no habrá otra gesta que igualar pueda a esa. Ni aventura más gloriosa, ni fantasía más difícil de realizar, ni hazaña más heroica que tenerte al fin entre mis sábanas y darte en una noche todo el amor y el placer que nos han vedado por que sobre mi testa no lucen aún las dos coronas de los reinos que nunca me han importado ni la milésima parte que me importa la más humilde uña de tus pies perfectos. Tú ya eres reina para mí, y sé que yo soy ya tu único rey. Y si no nos guiase el honor y la lealtad, si nuestras madres no nos hubiesen criado en el amor a nuestros pueblos y a todos los seres de buena voluntad hace ya tiempo que te habría llevado de la casa de tu padre a algún valle hermoso y alejado donde vivir tú y yo en el constante goce de nuestra pasión. Pero te amo demasiado, como amo nuestros bosques y nuestras gentes, y aunque lo sacrificaría todo por una palabra tuya o una mirada de deseo no podría soportar ver en tu dulce frente, que es de ti lo único que he podido besar, la sombra de la vergüenza que tu honradez y tu virtud siempre han evitado. Pura eres, como puro es nuestro amor desde hace tantas décadas. Castos y puros nos hemos mantenido y nada jamás nos ha apartado de nuestro objetivo vital. Tú eres el mío. Yo sé que soy el tuyo. Mi reina, mi amor, mi adorada Arwen Undómíel.

El último beso, Alberto Tirado Castro "Aeglos"

El mundo parecía haberse detenido. O incluso desaparecido. Todo se había convertido en una sombra fugaz que apenas captaban mis sentidos. Y, en verdad, poco me importaba. En ese instante, en ese segundo que parecía un siglo de paz y calor, lo único que existía para mí era su azulada mirada, la cual escudriñaba mi ser hasta lo más profundo de su esencia.

Jamás podré olvidar esos ojos. Tan hermosos como el cielo del Oestemnet tras un día de lluvia. Me poseían, me hipnotizaban sin remedio, atrayéndome poco a poco hacia el más bello de los destinos. Sentía el calor que procedía de su corazón, al que oía latir en su pecho con la misma rapidez que el mío.

Ella bajó brevemente la vista, pero mi mano se lo impidió. Quería seguir bebiendo de la fuente de su deseo. Noté la suavidad de su rostro, tan terso que me hizo dar gracias por el regalo del tacto. Ella se estremeció ante las caricias de mis dedos, completamente cautivados por la exquisitez de su tez, que despedía una luz tan pura como la de las estrellas de Varda.

Sus manos empezaron a recorrer mi espalda con un sinuoso movimiento, que hizo vibrar hasta el último rincón de mi alma. Mi piel se erizaba con cada una de sus atenciones, que me aproximaban poco a poco a su boca. Apenas unos centímetros separaban ya nuestros rostros, rojos por la emoción contenida. El delicado olor a lavanda de su vestido y sus cabellos terminó de cautivar mis sentidos, que se rindieron por completo a ella con el primer roce de nuestros labios.

Los dos nos fundimos en un beso eterno de pasión. Nunca había sentido algo parecido. Su tacto nubló todo mi juicio, y ya solo ella, nada más que ella, estaba presente en mi corazón y mi alma. La abracé con toda la fuerza que me permitieron mis brazos, y ella hizo lo mismo. No deseaba que aquello terminara. Era como beber de un manantial con la miel más dulce que jamás haya existido. Tan selecta, tan deliciosa, que seguro que su sabor está prohibido a los Hombres.

Nuestros labios se separaron muy lentamente, pero, en mi mente, ella y yo seguíamos besándonos con esa pasión que todavía recorría nuestros cuerpos. No dijimos nada. No era necesario. Simplemente nos abrazamos con toda la ternura de la que éramos capaces. Un celestial silencio, roto por el sonido de un cuerno que me llamaba para mi último destino.

Ella y yo nos apartamos. Y aunque sabía lo que nos aguardaba, en su rostro no discurrió ni una sola lágrima. Y es que las mujeres de Rohan no lloran, ni siquiera cuando la muerte se encuentra frente a ellas. Son recias, orgullosas y, sin embargo, en sus ojos, yo apreciaba su dolor. Y ella el mío. No volveríamos a vernos nunca más. Esta noche, en el Abismo de Helm, será la última en la que nuestros corazones latirán. Y, aun así, viviremos para siempre, pues aquel beso durará hasta el final de todas las Edades. Y ni la más férrea espada de orco podrá romper la magia que, en ese instante, crearon nuestras almas.

El libro rosa de la Frontera del Oeste, Araceli Jaqueti Fuster, "Indil"

La señora Rosa Coto, aunque no permitía a nadie llamarla de manera distinta al nombre que había utilizado toda su vida, esto es, "Rosita", era una de las personas más influyentes y mejor reconocidas del lugar. No obstante, había sido la esposa de uno de los mejores alcaldes que se pudiese recordar y, entre otros cargos importantes, una de sus hijas se encontraba al servicio personal de la Reina Arwen.

Tulipán Tejaverde era, por otra parte, la autora de la serie de relatos románticos más numerosa que se conocía en la Tierra Media. Sus títulos se contaban por centenares o, según quién lo contase, incluso por millares. Sus textos eran apasionados, atrevidos y, aunque no todos lo reconocían, ampliamente leídos por mujeres y hombres de cada rincón. Aunque algunos lo hacían con admiración y otros fingiéndose escandalizados, nadie podía negar que era capaz de citar de memoria algún que otro fragmento suyo.

Lo que sin embargo prácticamente nadie sabía era que tanto Rosita Coto como Tulipán Tejaverde eran la misma persona. De hecho, sólo lo había sabido su esposo y, más adelante, su nieto menor Baldo.

Éste había leído todos y cada uno de los relatos de Tulipán Tejaverde que habían pasado por sus manos. De niño, por la rebeldía de hacer lo que tantos adultos consideraban prohibido; de adolescente, por curiosidad; y, ya de adulto, por plena admiración. El día en que descubrió el secreto de su abuela, ésta le pidió que no se lo contase a nadie y él, a cambio, le dijo que lo haría si ella le permitía ser el primero que los leyese una vez terminados. A los dos les pareció un trato justo, de manera que ella continuó escribiendo en el anonimato, él continuó leyendo cada nuevo relato y, entre los dos, fueron forjando la leyenda de Tulipán Tejaverde basada en su complicidad.

Por todo esto, cuando llegó el momento en que los días de Rosita se acercaban a su fin y ella le confesó que se sentía demasiado débil como para seguir escribiendo, pidiéndole por favor que le ayudase a escribir su último relato, Baldo no pudo negarse aunque, y esto no se lo contó nunca a nadie, supo en ese mismo instante que aquel sería el momento más triste de su vida.

Quedaban en su casa y, cuando les dejaban a solas, corrían las cortinas, encendían una pequeña lámpara y, mientras ella hablaba, él deslizaba su pluma escribiendo cada palabra de su abuela. De vez en cuando ella le corregía, o incluso le hacía tachar párrafos enteros y volver a escribirlos de la manera que le parecía más adecuada.

Baldo esperaba que, dado que su abuela se había tomado tantas molestias en asegurarse de que su último relato fuese escrito, debía de tratarse sin duda de una historia muy especial. Pero, sin embargo, el comienzo resultaba de lo más común a lo largo de sus relatos.

Empezaba de este modo: un grupo de niños y niñas de la misma localidad habían crecido juntos, lo que suponía haber descubierto juntos cada novedad que conlleva dicho crecimiento... la mente de Baldo jugueteó entre sus recuerdos y se permitió comprobar que era capaz de recordar el número exacto de las novelas de su abuela que habían comenzado así... "Amigos del alma", "La pasión en el bosque", "Torrente de amor en el río"... eran sólo algunos de los títulos que le venían a la mente.

Era normal que las historias de Tulipán Tejaverde comenzaran de forma banal, pero Baldo sabía mejor que nadie que ese comienzo era sólo una falsa apariencia de lo que su abuela era capaz de hacer. Porque ella, más que nadie en toda la Tierra Media, era capaz de mirar a los ojos a las personas de su alrededor y ver lo que escondían en su corazón. De este modo, su descripción de los pectorales musculados del joven guerrero no fue más que un regalo para la tímida doncella que le miraba con deseo tras las cortinas de su alcoba. También se contaba que, con motivo de la boda de los Reyes de Gondor, la Reina Arwen había recibido una historia titulada "La elfa y el montaraz, pasión en la Ciudad Blanca", en la que, entre otras frases célebres, se podía encontrar la que decía: "... sería tan ridículo como suponer que Aragorn esperara que Arwen llegase virgen a su noche de

bodas; al fin y al cabo, se trataba de una mujer con dos mil años de experiencia... en todos los sentidos". Al parecer, a la Reina le había hecho mucha gracia, aunque el Rey Elessar no parecía encontrarlo tan divertido. Era un hecho más que comprobado que su abuela, o por lo menos su alter ego, no era una mujer a la que le gustase cortarse la lengua. Su relato titulado "El herrero y el maestro" hubiese supuesto sin duda un gran escándalo en la zona si no fuese porque, al poco de su publicación, el herrero fortachón Mildon se había fugado con el apuesto y joven maestro de escuela, sin haber vuelto a conocerse su paradero. Todo esto tuvo como consecuencia que los aldeanos buscasen urgentemente un nuevo herrero que colocase las herraduras a sus caballos, así como alguien que educase a sus hijos en vez de pensar en posibles escándalos públicos. La fama bien merecida que tenía la escritora de ser capaz de llegar al corazón de su gente e, incluso, de predecir su posible futuro, hizo que siempre hubiese un grupo numeroso de jovencitas (y más de un jovencito) esperando la publicación de un nuevo relato en el que poder identificarse con uno de sus personajes y dar un giro a sus vidas. De hecho, al pobre Baldo se le pegó una de estas jovencitas asegurando que había encontrado un futuro en común con él en uno de los relatos. Hubiese sido un buen momento para que perdiese la credibilidad en las capacidades de su abuela, pero no pudo negar sus sentimientos hacia la jovencita perseguidora y acabó casándose con ella. Después de eso, la confianza en las dotes de su abuela se había vuelto indestructible. Por eso estaba convencido de que en esta ocasión tampoco le defraudaría.

Fue necesario no obstante que transcurriesen varias sesiones de dictado y su correspondiente escritura para que Baldo se diese cuenta de lo especial que tenía esa última historia. Lo comprendió de repente, en un momento, cuando las palabras que le describían la historia de un jardinero y una ayudante de taberna que se enamoraban locamente empezaron a resultarle extrañamente familiares, y se sintió un poco tonto por no haberse dado cuenta antes. Pues aquel relato se trataba, ni más ni menos, que de la propia historia de su abuela. A partir de entonces, mostró un renovado interés por cada palabra que recogía, pues comprendió la importancia que tenía para ella.

- Cada mañana, al abrir la puerta –decía susurrante la débil voz de Rosita- Sam le dejaba silenciosamente una flor a la entrada. Una mañana, la flor no estaba en su lugar. Rosita pensó que se había cansado de hacer lo mismo todos los días y, aunque entendía que era una niñería enfadarse, no podía evitar sentirse decepcionada. Sin embargo, aquella misma noche, llamaron a la puerta y, al ir a abrirla, Sam se encontraba tras ella, con la flor en la mano, y le dijo: "Mañana me marcho con el Señor Frodo". Ella no dijo nada, simplemente lo miró y, tras comprobar que lo decía completamente decidido, sencillamente lo abrazó.

Baldo esperó que continuase el relato, pero su abuela se había quedado callada, y un brillo afloró levemente en sus ojos.

- ¿Te encuentras bien? –le preguntó. Y, levantándose hacia ella, continuó.- Será mejor que lo dejemos para otro día.

- No, no –Rosita le miraba sonriente-. Por favor, siéntate de nuevo, quiero terminar la historia.

Tosió levemente para aclararse la voz y siguió donde lo había dejado.

- Aquella noche la pasaron juntos. No era ni mucho menos la primera vez, pero ambos sabían que podía ser la última, supongo que eso la hizo más intensa que ninguna otra. La noche ya estaba muy avanzada, pero aún permanecían abrazados, cuando Sam le dijo, casi como una petición: "¿No vas a pedirme que me quede?". Ella respondió sin dudarle: "No, no lo haré". Él le miró a los ojos, posiblemente algo dolido por la respuesta: "¿Por qué?". Rosita le dio un suave beso en los labios, y entonces él se dio cuenta de que se esforzaba por contener las lágrimas. "Porque si lo hiciera, posiblemente aceptarías, y entonces... entonces ninguno de los dos nos lo perdonaríamos nunca". Más tarde ambos se durmieron y, cuando ella despertó sólo encontró la flor que Sam traía consigo y una nota que decía: "No será la última".

La tarde estaba llegando a su fin, y Baldo prácticamente no había parado de escribir. Su

abuela le siguió contando cada momento de lo que hizo durante la ausencia de Sam y, sobre todo, el momento de su regreso.

- Cuando llegó esperaba que le contase las grandes aventuras que sin duda había vivido, pero sólo le dijo una frase, la que utilizaría en tantas otras grandes ocasiones de su vida, pero para ella, fue más que suficiente: “Bueno, estoy de vuelta”.

Abuela y nieto permanecieron en silencio por un rato, hasta que finalmente ella lo rompió.

- Baldo, quería que firmases el relato con mis dos nombres.

- Pero... -Baldo se encontraba confuso, después de guardar el secreto tantos y tantos años... qué pretendía-. ¿Por qué?

- No te escandalices –le regaña su abuela-. Creía que te había enseñado más cosas. Sencillamente, porque llega un momento en que los secretos dejan de tener sentido, y es entonces cuando deben llegar a su fin y dejar de existir. Tulipán Tejaverde comenzó como un juego, algo divertido, pero con el paso del tiempo se ha convertido en parte de mí, tanto como Rosita Coto. No me avergüenzo de ninguna de las dos y quisiera dejar esta vida sintiéndome completa.

Por supuesto, Baldo hizo lo que ella le había pedido y, aunque tras la publicación de esa última historia esperaba que se levantase un gran revuelo, a nadie pareció importarle demasiado.

Sin embargo, poco tiempo después, cuando Rosita murió y Baldo y su familia acudieron al funeral se encontraron allí con una gran cantidad de personas, no sólo vecinos y amigos, sino también muchos desconocidos cuyos rostros empezó a reconocer en los personajes de los múltiples relatos de su abuela. Había hobbits, elfos, humanos y enanos, y cada uno de ellos portaba alguna copia de uno de los relatos de Tulipán Tejaverde.

Baldo colocó al final del recopilatorio la historia de amor de sus abuelos. Había encuadernado cuidadosamente todos los relatos que había sido capaz de encontrar y, en la primera página, escribió con letras esmeradas:

“El libro rosa de la Frontera del Oeste”

Por Tulipán Tejaverde / Rosita Coto

Supo mirar en nuestro interior, descubrir nuestros deseos más íntimos y encontrar las palabras justas para hacerlos realidad a través de sus historias.

*Este relato está dedicado a Corín Tellado (1926-2009),
que supo mirar en nuestro interior,
descubrir nuestros deseos más íntimos
y encontrar las palabras justas
para hacerlos realidad a través de sus historias.*

Noche sin Luna, Mónica Sanz Rodríguez "Findúriel"

Caía la noche y las murallas se convertían en carbón. La Ciudad Blanca ya no lo era al ponerse el sol, más allá de tierras sin hombres, en la hora del sosiego y el sueño.

Faramir estaba solo. El viento del oeste le agitaba los oscuros cabellos, y también le secaba las escasas lágrimas que se atrevían a perlar sus párpados. *El Senescal de Gondor no llora nunca*, eso le enseñó su padre en el funeral de su hermosa madre. *El Senescal no llora ante los ciudadanos*. *Guarda tus lágrimas para la noche*, le aconsejaba, tomando firmemente su pequeña mano y conduciéndolo por los círculos de la ciudad, tras el cortejo fúnebre. Él lo escuchó llorar en los salones de piedra, encerrado, cuando comenzaba a despuntar el alba.

El ruiseñor comenzó a cantar.

Se dio cuenta de repente de la sed que tenía. Trató de recordar la última vez que había bebido algo, enfrascado en las tareas de reordenación y archivo. Quizá una copa de agua en el frugal almuerzo, *y porque nadie puede decir que no a Mithrandir cuando habla con ese tono* suspiró para sí. Una copa de agua, sin color, sin vida. Mientras daba vueltas al anillo de su mano derecha, el agua fue lo que volvió a sus ojos, cálida y áspera.

Parpadeó y borró aquellas lágrimas obligándolas a retroceder.

Pues allí estaba ella, entrando con paso quedo, con el cabello cubierto por un manto oscuro y pesado, sin palabras. Patente sólo en el pequeño espacio por el que se deslizaba con presteza, pero llenando de pronto el aire a su alrededor con su sola presencia. Llegaba, con el silencio, permanecía a su lado, y siempre estaba allí su mirada clara y honesta. Sin preguntas, sin tensiones.

Le tomó de las manos.

Y allí había traído ella la copa, el ánfora, y el vino aromático que cantaba en la plata al derramarse. Bebió largamente, hambriento y agradecido. Y su sonrisa. Y la sonrisa de ella, hundiéndose en el vino como una especia, viniendo para arrojar luz en el carbón pulido de las murallas y en el espectro denso de la muerte.

Sus manos blancas estaban frías.

Eowyn trató de calentarlas frotándolas entre sí. En las criptas de Rath Dínen el aire siempre estaba helado, tanto, que el agua en que sumergía sus manos cada atardecer amenazaba con cortarlas. Le daba miedo Fen Hollen, la Puerta Cerrada, como si no fuera a abrirse jamás después de haberla flanqueado cada ocaso. Pero en la noche el guardia volvía a abrirle la poterna lateral para que saliera, dejando atrás el cadáver honrado y los miembros ungidos del rey que fue su tío.

Faramir volvió a tomar las manos de Eowyn para atraerla más cerca.

Le dolía saber que hollaba sola las piedras de Rath Dínen, la Calle del Silencio, cada atardecer desde que volviera su hermano, para lavar y perfumar las manos y el rostro del rey Théoden. No era quién para cuestionar sus costumbres, pero rodearse de muertos no parecía la mejor cura para su dolor. Uno de los días ella le confió que después de cantar a los pies de su tío, guardando los aceites y los paños, aguardaba un segundo ante la puerta del pabellón cerrado donde reposaba Denethor. Él no se atrevía a acercarse, no aún. Pero agradecía el gesto de la mujer con un

poso de amargura.

A Eowyn aún le daba vergüenza estar tan cerca de Faramir.

Lo veía en escasas ocasiones, yendo de acá para allá, recibiendo viajeros de lejanas tierras, estudiando pesados manuscritos para las correspondientes redacciones de los escribas junto a Mithrandir, paseando largamente con su rey Elessar, comiendo de prisa en los salones laterales del archivo. Sólo muy de vez en cuando cruzaban alguna mirada, algún guiño, o podían intercambiarse un saludo.

No había luna aquella noche. Aun así, Faramir vio las estrellas reflejadas en los ojos de la dama de Rohan.

Y él había preguntado, en uno de aquellos rincones sin nombre, en uno de aquellos momentos sin tiempo. Y ella había concedido. Él le prometió volver siempre, desde los lugares más remotos, al hogar que crearían juntos. Y ella le prometió una copa llena cada vez que regresara a su lado. Aquella noche la muralla brillaba cual si fuera de nácar bajo la luna llena. Parecía que el día se apoderaba también de las noches. Después vino de nuevo la oscuridad.

Pero ahora tenían presente la esperanza de un nuevo día.

Compartiendo sus soledades, sabiendo cada uno de las ausencias del otro. Faramir, sin padres y sin hermano. Eowyn, huérfana por vez segunda. Los dos, recién arrancados de las garras de la muerte. Sus angustias se encontraban para remansarse como las olas en las altas quillas de los barcos. Y ambos se topaban con el otro, torpemente al principio, con entrega un segundo después. Hallando calor para sus corazones huecos, comprensión en su aislamiento, amor en su desgracia. Fuerza donde lo más fácil hubiera sido rendirse al vacío.

La piel de Eowyn se templó al ritmo de los besos hambrientos del soldado.

Besos con sabor a sal, a lágrimas no derramadas. Besos con el calor que sólo un corazón guerrero puede encender. Y a él los labios de su amada se le antojaban golondrinas, cálido reposo, enigma por resolver.

— Sé que ella le dijo que sí.

Eomer se recostó en el muro, tras la reja de la enredadera, agitado por lo que sus ojos habían contemplado. No sabía qué pensar. Aquel aparente paseo por las murallas a medianoche se había revelado en una extraña sorpresa.

Es mi bien máspreciado — contestó con aspereza.

No — respondió Elessar, cruzando los brazos —. Ahora es el suyo.

Eomer frunció el ceño. La tormenta de su corazón no dejaba de rugir.

— Entonces no hay más que hablar, supongo — concedió a regañadientes —. No sabes cómo se las gasta mi hermana cuando le llevan la contraria.